

UNO

Cien kilómetros por delante de ellos, invisible en la oscuridad, la *High-tower* orbitaba en torno a la Tierra siguiendo un sendero celestial tan viejo como el propio planeta. Nicole supo que la gigantesca estación L-5 estaba allí porque así se lo indicaban sus instrumentos — tanto los escáneres de masa como las luces piloto que atestaban el panel principal de control y las pantallas que se proyectaban directamente frente a ella, en los ventanales de la cabina de vuelo —, pero deseó con todas sus fuerzas poder verla. La distancia que los separaba era de apenas una hora en coche, pero la cubrirían en cuestión de minutos.

—Control de Aproximación O’Neill — anunció, verificando automáticamente los instrumentos e intentando no parecer tan aburrida como se sentía realmente —, aquí el transbordador Uno-Dos-Uno de la NASA, procedente del Centro Espacial Kennedy, acercándose para el acoplamiento.

—Aquí Control O’Neil, Uno-Dos-Uno — crujó una voz en sus auriculares —. Prepárese para recibir una actualización de su curso.

—Recibido, O’Neill. Uno-Dos-Uno a la espera — respondió Nicole. Miró por encima del hombro a su copiloto Paul DaCuhna, subteniente de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, como ella misma, y pidió un informe de situación.

—No puede ser mejor, jefa — respondió él alegremente —. Esa última corrección fue *perfectamundo*. Todos los sistemas de a bordo funcionan normalmente.

— Excepto mi puto suministro de aire — susurró ella, retorciéndose en el asiento y deseando que el voluminoso traje espacial no le estorbase tanto. Hacía tres días, desde el despegue, que llevaban puesto el uniforme completo. Ni siquiera se les permitía quitarse los guantes o el casco salvo en caso de emergencia, que era exactamente lo que estaba ocurriendo, ya que una junta obturaba el flujo de oxígeno. No se había dado cuenta de lo mal que olía hasta que giró el anillo que sellaba su casco y respiró por primera vez el aire de la cabina. Cuando se quitó el traje, sintió lástima por cualquiera que estuviera cerca de ella. Emitía un hedor asesino. Saber que Paul probablemente apestaría tanto como ella no la consoló demasiado, y cuanto más tiempo pasaba sin casco peor se sentía, dolorosamente consciente de un intenso picor en la base de la columna vertebral, allí donde — por supuesto — no podía rascarse. Frotarse contra el asiento sólo empeoraba las cosas. Estaba dispuesta a matar por un baño decente o simplemente una pequeña ducha. Y, por si eso no fuera ya bastante suplicio, desde el desayuno le atormentaba el deseo irracional de un helado doble de vainilla recubierto con chocolate caliente y enterrado bajo una montaña de nueces, cerezas y crema. Sólo pensar en ello era más de lo que podía soportar.

Conectó el interruptor principal y sonrió triunfal cuando se vio recompensada por un débil siseo del tubo que sostenía en la mano y por una corriente de aire fresco dirigida directamente hacia su cara. Un momento después, volvió a encajar el cordón umbilical en su traje.

— Mucho mejor — susurró, sobre todo para sí misma, frotándose los ojos y deseando que terminase el vuelo para poder recuperar al menos una apariencia de humanidad.

Se sentía mucho más cansada de lo que esperaba — este último día necesitaba esforzarse para mantener la concentración —, y comprendió que se debía, sobre todo, al aburrimiento. Habían pasado muy pocas cosas desde que abandonaron las rutas de tráfico relativamente atestadas de la órbita baja de la Tierra. Los ordenadores controlaban la nave, y Paul y ella se limitaban a sentarse, dormir y observar las distintas consolas que siempre indicaban que todo iba bien. No sabía cómo lo soportaban las tripulaciones habituales de los transbordadores, pero supuso que podría considerarse afortunada si terminaba el vuelo sin incidentes.

— Será mejor que vuelvas a ponerte el casco, jefa — sugirió Paul —. Recuerda el reglamento.

— Ahora mismo — respondió, pensando: “A la mierda con el reglamento”. Sabía que estaba siendo indulgente consigo misma, pero no le importaba. Por primera vez en varios días se sentía semidecente —. Se están tomando su maldito tiempo para responder. Paul, dame nuestra velocidad y la distancia hasta la estación.

– Velocidad: 170 metros por segundo, constante; velocidad lateral negativa. Distancia: noventa y cinco kilómetros y disminuyendo. Todos los sistemas de a bordo están OK.

– ¿OK?

– Es un clásico, jefa... como yo.

Ella soltó un bufido, pero no pudo reprimir una sonrisa. Se conocían desde hacía seis años. Habían sido compañeros de clase, amigos y, por un corto período de tiempo, amantes. Hacía tiempo que él sabía qué teclas tocar y cuándo hacerlo.

Nicole buscó el casco.

– Uno-Dos-Uno, aquí O’Neill. – El tono profesionalmente tranquilo del controlador parecía teñido de cierta urgencia que heló la sangre en las venas a Nicole, alertándola –. Registramos una ligera desviación de su curso de vuelo, un valor positivo de punto-dos-siete metros por segundo. Corrígalo, por favor. Corto.

– Recibido, O’Neill. Manténgase a la espera. ¿Paul...?

– Mis pantallas no muestran ningún error – respondió, agitando la cabeza desconcertado –. No deberíamos estar desviándonos.

– ¿Crees que nos están mintiendo? Pon nuestro curso en pantalla.

La enorme pantalla de unos 35 centímetros de anchura del tablero de mandos principal cobró vida y los ordenadores del transbordador proyectaron un esquema de su aproximación en brillantes pinceladas de luz y color. Junto al diagrama, una serie de números y códigos de letras constantemente cambiantes indicaban la miríada de detalles de su progreso que estaban siendo analizados.

Una simple mirada indicó a Nicole que el controlador de la O’Neill tenía razón.

– Sabía que era demasiado bueno para ser verdad – le dijo a Paul –. Verifica los sistemas de ingeniería y realiza una prueba secuencial del piloto automático, tendríamos que haberlo compensado hace tiempo. Incluye también un análisis de los motores principales. Calcularé la corrección.

Se giró para alcanzar su casco mientras escuchaba de fondo los comentarios de Paul.

– No puedo calcular el cambio de dirección, Nicole. Los motores no funcionan. Volamos en trayectoria balística... ¡uauh! ¡Tengo algo! Perdemos presión en el tanque propulsor número tres.

Mientras hablaba, ambos comprendieron las implicaciones de lo dicho. Aquel tanque era parte de la red SMO del transbordador: el Sistema de Maniobra Orbital. Sus manos se dirigieron al unísono a los interruptores de EXPULSIÓN DE EMERGENCIA, alineados sobre una cinta roja en el tablero de instrumentos del techo. Nunca los alcanzaron.

Una terrorífica explosión se produjo tras ellos y el mundo se volvió del revés.

Nicole se había soltado el arnés del hombro para arreglar el sistema de aire atascado, así que, al producirse la explosión, se vio catapultada hacia delante, contra el panel de control. Al mismo tiempo, el casco chocó contra su cara —no pudo reprimir un agudo grito de dolor— y desapareció hacia la parte trasera de la cubierta de vuelo. De repente sintió un sabor salado en la boca —se había mordido el labio—, y se dio cuenta de que también le sangraba la nariz. Esperó no habérsela roto. Se lo tenía merecido. A su alrededor, todo lo que no estaba atado, fijado o atornillado rebotaba por la cabina, mientras el transbordador giraba fuera de control. En el tablero principal, los indicadores parpadeaban con un brillante color anaranjado; la salvaje torsión forzaba al límite todos los sistemas de la nave espacial.

Nicole se encontró totalmente desorientada. Tan pronto veía el cielo negro y salpicado de estrellas a través de las ventanas de la cabina como veía la Tierra, o un instante después quedaba cegada por las deslumbrantes llamaradas del Sol. Era vagamente consciente de que alguien le hablaba por la radio, pero apartó esa voz de la mente, musitando una silenciosa plegaria de agradecimiento por los años que pasó de niña navegando por el Atlántico bajo todo tipo de condiciones atmosféricas. Hacía mucho que su estómago era de hierro. No obstante, se preocupó por Paul; tendría un grave problema si vomitaba dentro del casco.

Apoyó los pies contra el tablero de mandos y se impulsó hacia atrás para volver a su asiento. Mientras se colocaba de nuevo el arnés con una mano, con la otra rompió el escudo de seguridad de la parrilla de EXPULSIÓN y presionó el botón. En la popa tuvo lugar otra explosión. Una mirada rápida a los instrumentos le indicó que el tanque se había liberado.

— ¡Paul! — gritó. El copiloto hizo una mueca de dolor cuando sus palabras le retumbaron en los oídos —. ¡Máxima potencia! ¡Impulsores CCS uno, tres y cinco!

Él pulsó los interruptores de encendido y empujó los aceleradores hacia delante, con la cabina vibrando mientras los pequeños cohetes de control frenaban gradualmente el giro del transbordador.

— Distancia a la estación: ochenta y un kilómetros y acercándose — informó —. Velocidad: 250 metros por segundo, con un Delta-Uve positivo. Contacto estimado con la *Hightower*: 5.4 minutos. Posición de la nave espacial: cabeza abajo, cuarenta y un grados de inclinación negativa.

Nicole intentó hablar, pero su voz quedó ahogada por un ataque de tos. Tenía en la garganta la sensación de haber estado tragando arena. Podía darse cuenta de que el pánico empezaba a dominarla, inexorablemente. El control de los acontecimientos se le escapaba de las manos. Una parte de ella estaba aterrorizada, aullaba que se les acababa el tiempo, que tenía que darse prisa y hacer algo —lo que fuera— o el transbordador estaría condenado.

Aun así, se negó a aceptarlo. Aspiró aire un par de veces, lenta, profunda, conscientemente, y sorbió un poco de agua de la boquilla del traje. Sabía que la situación era grave, pero su entrenamiento y el instinto, que ahora empezaba a darse cuenta que tenía, le dijeron que permaneciera tranquila.

— ¿Piloto automático? — preguntó en voz alta, sorprendida ante la firmeza de su voz—. ¿Sistema Automático de Acoplamiento?

— Inutilizados. Los dos. ¿Te encuentras bien? — Paul no hizo ningún esfuerzo por ocultar su preocupación.

— Desconéctalos. Cambia a control manual. Viviré. — Presionó el dorso de la mano contra la nariz y aspiró con fuerza para que la sangre se coagulase rápidamente. Algunas gotitas flotaron frente a ella y se alejaron, haciendo que se preguntase qué aspecto tendría. Probablemente horrible. Se retorció todo lo posible, intentando vislumbrar dónde estaba su casco, pero no pudo verlo.

— Uno-Dos-Uno, aquí O'Neill. Registramos una notable desviación en su trayectoria de vuelo.

— ¡No me digas...!

— Silencio, Paolo — cortó Nicole—. O'Neill, tenemos un reventón en una célula de combustible del SMO. Estoy abortando nuestra aproximación y declarando una emergencia. Por favor, advierta al tráfico local y alerte a las unidades de rescate.

— Aquí O'Neill. Recibido, Uno-Dos-Uno. ¿Podemos hacer algo?

— Sí, salvarnos el culo — susurró Paul—. ¿Y ahora qué, jefa? — preguntó a Nicole.

Ella suspiró, deseando irracionalmente arrancarse los auriculares y el micrófono de su sistema de comunicaciones y mesarse el rapado cabello. Solía hacerlo cuando estaba nerviosa e intentaba aclararse las ideas.

— Lo mejor que nos puede pasar es fallar en nuestra aproximación a la estación por el margen más amplio que nos sea posible. Después, sólo habrá que seguir sentados a esperar que lleguen los remolcadores.

— No nos queda mucho tiempo.

— Soy consciente de eso. Trázanos un vector hasta una órbita terrestre alta. Hemos perdido el motor de estribor, pero el de babor parece en buen estado. Intentaré dar otro cuarto de vuelta para que nuestra cola enfrente la *Hightower*. Entonces, lo conectaremos a plena potencia y...

— ¿Crees que es una medida inteligente?

— Estamos lo bastante lejos. Nuestros gases no chamuscarán ni la piel, mucho menos provocarán una ruptura. El momento de preocuparse por la Rueda, Paolo, será cuando podamos verla.

Nicole llamó al Control de Aproximación y les informó de lo ocurrido tan rápida y concisamente como pudo.

— Yo me encargaré de los impulsores — le dijo a Paul en cuanto O'Neill aprobó el plan—. Tú vigila los tableros de mandos.

— Hecho. Cuatro minutos para el impacto.

— Aguanta, genio. Ahí vamos.

Nicole sujetó la empuñadura de control con una mano y disparó los cohetes de altitud.

— Odio interrumpirte, pero... — confesó Paul —. ¿Seguro que no quieres acelerar un poco las cosas?

— No hay prisa. Mira la telemetría... Incluso con el motor al diez por ciento de potencia, tenemos una lectura de tensión peligrosa en la popa. Si aceleramos demasiado, este cacharro se nos podría hacer pedazos.

— Nos acercamos en un ángulo de cuarenta grados.

— Ya lo veo. Vigila el SMO. Voy a conectar los retropropulsores... ¡ahora!

Se produjo una tremenda explosión sin previo aviso. Nicole alzó las manos para protegerse la cara mientras la mampara trasera de la cubierta de vuelo volaba en pedazos.

— ¡¡Descompresión explosiva!! — gritó Paul.

Los dos se vieron instantáneamente azotados por un vendaval de escombros mezclado con pequeños copos de nieve mientras el frío asesino del espacio condensaba y helaba el agua contenida en la atmósfera del transbordador. Nicole gritó cuando una tablilla de anotaciones rebotó en su antebrazo, más por la sorpresa que por el dolor, y gruñó molesta por su propia debilidad. Soltó su arnés y su cordón umbilical permitiendo que la arrastrase el viento. Tenía que encontrar su casco y ponerlo antes de que el huracán se llevase todo el aire de la cabina; si no, podía darse por muerta. Paul la miraba con ojos desorbitados, temiendo por ella. No se le había ocurrido que ella se atreviera a hacer eso y le torturaba no poder ayudarla. Estaba diciendo algo — seguramente maldiciendo su propia estupidez; a Nicole le parecía bien, ella estaba haciendo lo mismo —, pero ella no pudo oírlo al no estar conectada al ordenador y carecer de comunicación con él.

Vio su casco encajado contra una ventanilla parcialmente rota del compartimento de popa — sus ojos empezaban a arderle y se le helaban las lágrimas; en pocos segundos se quedaría ciega — y se lanzó a por él. Su mano se aferró al anillo de cierre y se apoyó contra la mampara para colocarse el casco en la cabeza y sellarlo. No parecía tener ni un solo arañazo, pese al castigo recibido. El Lexan GEC era como de acero transparente; prácticamente nada podía dañarlo.

Pero aún no estaba a salvo; le quedaba muy poco aire en los pulmones y nada en el traje. Tenía que volver a conectarse el tubo umbilical. Se asió al techo. Sólo tenía que aguantar hasta que la presión atmosférica de la cubierta cayera a cero y luego empujarse hasta su asiento. Entonces, aunque pareciera imposible, sintió que la pared cedía a sus espaldas. Nicole empezó a deslizarse a través del hueco. Gritó, aferrándose a su asi-

dero tan firme y desesperadamente como podía, con los ojos desorbitados, mientras su cuerpo se retorció hasta quedar mirando hacia la bodega de carga. Normalmente, las puertas de la bodega permanecían abiertas durante el vuelo; ahora, una había desaparecido, arrancada de sus bisagras, mientras la otra, todavía sujeta al transbordador, se enrollaba alrededor del estabilizador vertical. Volvió a meter la cabeza y los hombros en la cubierta de vuelo y su último aliento empañó de humedad el interior del casco, pero pudo ver que Paul extendía la mano hacia ella. Consiguió sujetarse al asidero con ambas manos pero no ir más allá, el viento no le permitía avanzar y ya no le quedaban fuerzas. El pecho le ardía y boqueó en un frenético intento de absorber un aire que no existía. Estaba vencida, no había duda, ¿por qué negar lo inevitable? “¡No!”, gritó silenciosamente. “¡Maldita sea, no!”. Luchó por alcanzar el estirado brazo de DaCuhna y, al mismo tiempo, la fuerza del huracán cedió al agotarse el aire de la cabina.

— ¿Cómo diablos ha podido pasar eso? — preguntó Paul furioso, conectando las líneas de Nicole a su traje y llevándola hasta su asiento —. ¡Llevamos carga, no pasajeros! ¡En la bodega tenía que existir el vacío y tener, al menos, una presión terrestre normal! ¡Mucha más de la que teníamos en cabina!

— Le preguntas a la persona equivocada, amigo — dijo Nicole entre boqueadas, una vez se recuperó lo suficiente como para hablar; estaba empapada de sudor y la cabeza le palpitaba... pero le parecía que nunca se había sentido mejor —. Estoy tan desconcertada como tú. ¿Cuál es nuestra situación?

— Espantosa. Le diste un retroimpulso negativo a los motores. Seguimos girando y en rumbo de colisión con la *Hightower*. A ciento setenta segundos del impacto. — Cambió los canales en la pantalla principal —. Hemos sufrido una fractura del casco de las secciones 38 a la 51. Presión atmosférica nula en la bodega de carga, cero pascals en la cubierta de vuelo. Y el SMO sigue en verde. — Se volvió hacia Nicole —. Tu plan se ha ido al cuerno, jefa. Para cuando consigamos trazar los vectores de impulso correctos, suponiendo que sea posible, estaremos demasiado cerca.

Nicole luchó por pensar coherentemente.

— De acuerdo, vamos paso a paso. Intentaré anular este maldito giro, pero trabaja con la presunción de que no lo conseguiré. Quiero una ventana de impulsión que nos lleve más allá de la estación.

— ¿Seguro que estás en condiciones?

Ella le dirigió una mirada.

— Tenlo por seguro.

Pasaron preciosos segundos mientras los dos jóvenes trabajaban para salvar lo que quedaba de la semidestrozada nave espacial. En su dolorida mente, Nicole vio cómo chocaban contra la brillante estación en forma de rosquilla, cómo explotaban los depósitos de combustible del transbor-

dador y el fuego se derramaba en forma de cascada sobre el cielo artificial de la *Hightower*. Al mismo tiempo, desde el punto de impacto se abrían fisuras de kilómetros de largo y la presión atmosférica de la colonia remataba el trabajo de la colisión, destrozando las cúpulas y lanzando al vacío a personas, ganado y edificios; el trabajo de toda una vida.

Furiosa, Nicole alejó aquellas imágenes e introdujo las coordenadas de Paul en el ordenador. Echó un último vistazo al tablero principal, y estaba a punto de conectar los impulsores de giro cuando sintió que le agarraban del brazo.

— ¡Nicole, *no!* — gritó Paul — ¡Algo ocurre!

— ¿De qué estás hablando?

— Los números del ordenador no cuadran. Quiero volver a comprobarlos.

— Paul, no hay tiempo.

— Dame un giro más. ¡Por favor, Nicole! ¡Sé lo que digo!

Paul tardó un giro y medio en repasar los números con su propio ordenador portátil personal, maldiciendo por los problemas que le causaban los voluminosos guantes del traje con las diminutas teclas.

— Éstos son los buenos, jefa — anunció finalmente, pasándole los resultados. Eran distintos de los de la pantalla principal. Nicole hizo las correcciones sin vacilar y, en cuanto terminó, presionó el disparador.

No pasó nada.

— *Genial* — exclamó en voz baja.

Entonces, las luces se apagaron.

Sentirse completamente rodeados de silencio y oscuridad era una sensación escalofriante. La única luz era la del Sol, que marcaba cada giro iluminando brevemente la cabina. No les llegaba ningún susurro de fondo a través de los auriculares, ni siquiera el ruido del equipo. Ningún sonido, excepto el siseo de sus propias respiraciones y el atronador latido de sus corazones.

Nicole habló, y saltó de sorpresa. Estaba segura de que sólo había emitido un susurro, pero su mente lo registró como un grito. Recordando su entrenamiento, trasteó en las conexiones umbilicales y las liberó. Si el sistema había fallado por completo, tal como temía, el único aire disponible era el del interior del traje. Al desconectar las líneas impedía que se escapase, protegiéndola al mismo tiempo de la entrada de cualquier gas nocivo. De momento, se encontraba bien. Sin energía no podía contar con los calefactores, pero el traje estaba bien aislado. Con una risita comprendió que, mucho antes de helarse, se ahogaría. Y mucho antes de ahogarse se estrellaría contra la *Hightower*.

Algo la sacudió. Era Paul, tocando el casco con el suyo.

— Todo está apagado — confirmó, con su voz resonando huecamente dentro de su propio casco.

- ¡No me digas...!
- ¿Quieres ver algo asombroso?
- Claro. ¿Por qué no?

Señaló las ventanas de la cabina y a ella se le cortó la respiración de asombro e incredulidad. Delante de ellos estaba la *Hightower* llenando el cielo, como surgida de la nada. Era una rueda monstruosa de cinco kilómetros de diámetro, tan grande como la isla de Manhattan, con un armazón esquelético que se extendía desde el eje central formando un segundo anillo gemelo del primero. Nicole había visto fotos y hologramas de la gran colonia L-5, pero ni sus sueños más disparatados lograban igualar la realidad. Parecía imposible que su transbordador — del tamaño de un avión de transporte — pudiera hacerle el menor daño, pero sabía que era así, que sí podía hacerse. A pesar de su enorme tamaño, había poco espacio superfluo. La estación en sí sobreviviría al impacto, pero las consecuencias para su agricultura, su industria o, lo peor de todo, su hábitat, serían catastróficas.

— Todavía no estamos acabados, genio — dijo ella, pensando furiosamente, buscando el medio de salvarlos —. La provisión de carburante del SMO es una mezcla hipergólica. Cuando te dé la orden, abre manualmente las válvulas de expulsión.

Él asintió con la cabeza.

— Puede que funcione. Los elementos que ahora están aislados se inflamarán en cuanto entren en contacto. Pero sin los impulsores, no tenemos medio de controlar la potencia.

— En estos momentos no nos servirá de nada todo lo que no sea aceleración total.

— ¿Cómo cronometrarás la ignición?

— A ojo.

— Es una locura... ¿no puedes hacerlo!

— ¿Tienes una idea mejor? — Como Paul no dijo nada, Nicole prosiguió —: Atento a mi señal, quiero soltarlos durante el próximo giro.

Estaba contemplando tan fijamente el exterior a través de las ventanas de la cabina, intentando calibrar el momento exacto de dar la señal a Paul, que, hasta que su ordenador portátil le golpeó el casco, no se dio cuenta de que él ya estaba preparado. Se lo metió en el bolsillo del muslo del traje y, cuando una línea de luz apareció bajo el morro del transbordador, movió su linterna frenéticamente.

Para Nicole, el tiempo pareció detenerse al mismo tiempo que corría más rápidamente que nunca. Sabía que Paul estaba abriendo las válvulas de flujo del combustible y que la fuerza centrífuga empujaba los reactivos hasta la cámara de ignición, que en una fracción de segundo la mezcla se inflamaría... Pero, ¿por qué tardaba tanto? Sin las bombas para regular el flujo, la mezcla sería desigual y generaría un impulso feroz y

un vuelo todavía más duro. La explosión incluso podría producirse en el interior de los mismos tanques, lo que destruiría el transbordador. “¿Quién sabe?”, pensó morbosamente. “Quizá sería lo mejor... al menos para la estación”. No obstante, una vez ellos ardieran, la inercia de su trayectoria seguiría impulsando la nave hasta que los tanques quedaran secos.

— Espera — ordenó a Paul, olvidando que las radios de sus trajes habían fallado, como el resto de los sistemas de a bordo —. ¡Está empezando!

Podía sentir una débil vibración en sus dedos enguantados. Mientras el temblor aumentaba, una suave presión la empujó contra el asiento. Un brazo se frotó contra el suyo. Paul intentaba volver a su propio asiento, con la tensión reflejada en el rostro. Su esfuerzo había consumido gran parte de su irremplazable oxígeno.

“¿Es mi imaginación o el giro de la nave está reduciéndose?”, se preguntó Nicole. El transbordador se agitaba visiblemente, y casi creyó oír a través de su traje el bajo retumbar del motor que hacía vibrar la cubierta. Pero había otro sonido, uno que no tenía sentido... hasta que comprendió que era ella misma quien lo producía, susurrando, medio tarareando medio cantando *Starbourne*, un clásico de su estrella de rock favorita, Lila Cheney, una inglesa. Agitó la cabeza burlescamente, pero no dejó de canturrear. Estaban tan cerca de la *Hightower* que ya no podía ver las estrellas, y su trayectoria seguía llevándolos directamente hacia el anillo.

Entonces, mientras miraba, la estación empezó a desplazarse hacia un lado. Se deslizó hacia la derecha con lentitud agónica y pudo ver una línea de oscuridad bajo el morro del transbordador. Iban a pasar espantosamente cerca, pero a Nicole no le importaba. Se conformaría con esquivarla por un solo milímetro.

— ¡Vamos a conseguirlo! — exclamó —. ¡¡Maldita sea, vamos a conseguirlo!!

Oyó un pequeño clic cuando el casco de Paul tocó el suyo. Se había desabrochado el arnés y estaba inclinado sobre la consola de mando. Nicole calculó que estaban soportando unas tres G. Paul empleaba sus últimas fuerzas, y sus últimas moléculas de aire, para sostenerse en aquella extraña posición.

— No funcionará — dijo suavemente.

— ¿Qué? — protestó Nicole.

— He sobreestimado nuestra trayectoria. Estábamos demasiado cerca cuando soltamos la mezcla. No lo conseguiremos.

Nicole intentó computar los ángulos mentalmente, pero no pudo mantener el modelo matemático tridimensional. Ése era el don especial de Paul.

Alargó la mano una vez más hacia los interruptores de EXPULSIÓN — tenían su propia fuente de energía independiente, baterías diseñadas para seguir funcionando incluso cuando todo el resto fallase — y conectó tres de ellos en rápida sucesión. Se produjo un débil temblor en el lado derecho y la cubierta se inclinó bajo ella.

— ¿Qué haces? — preguntó Paul.

— Los impulsores de estribor. He volado sus tanques. Nos dirigíamos directos al casco de la estación. Así, si tenemos suerte, el impacto no será tan directo. Hagamos lo que hagamos, el transbordador quedará destrozado, pero dañaremos mucho menos a la *Hightower*.

Nicole miró la estación y el creciente arco de ébano bajo ella, incluso podía ver estrellas a pesar de la intensa luz, y, finalmente, el rostro de su copiloto. La sección hacia la que se dirigían estaba en construcción, podía ver a los trabajadores dispersándose frenéticamente para apartarse de su trayectoria, pero aquellos que se encontraban dentro de sus trajes presurizados, a pesar de correr como hormigas hacia la seguridad de las compuertas, nunca vivirían para alcanzarlas. El transbordador se encontraba tan cerca que podía contar las vigas que formaban el entramado que debía sostener la gigantesca cúpula.

Apenas faltaban unos segundos para el impacto. Se estrujó el cerebro buscando algo, lo que fuera, que hubiera olvidado, un último procedimiento que intentar, escasamente consciente de la presencia de Paul aunque él le cogió la mano.

Un instante antes de estrellarse, una maciza barra de acero apuntó directamente a la cabina. La estación L-5 desapareció, para ser reemplazada por la suave luz de un holograma, en el centro del cual flotaba la frase:

FELICIDADES, ASTRONAUTAS, ACABAN DE CHOCAR.